

Juan Ignacio Carmona

Crónica urbana del malvivir

Insalubridad, desamparo y hambre
en la Sevilla de los siglos XIV-XVII



ATHENAICA
EDICIONES UNIVERSITARIAS

UNIVERSIDAD DE SEVILLA
u eus
Editorial Universidad de Sevilla

CLÁSICOS UNIVERSITARIOS

RESUMEN



Índice

NOTA DEL AUTOR A ESTA EDICIÓN. 5

PRIMERA PARTE: LAS DERROTAS DE LA SALUBRIDAD

CIUDADES INSANAS 7

UN PRIMER RECORRIDO POR LA SEVILLA NOCIVA 13

LA SUCIEDAD DE LOS CUERPOS Y EL TEMOR

A LA INMERSIÓN 23

Higiene privada y literatura médica 25

El lavado en seco o la apariencia del vestido. 34

El declinar de los baños 38

EL AIRE QUE INFICIONA Y EL HEDOR

QUE TODO LO ENVUELVE 43

Inquietud ante la pestilencia e insistente protesta

del vecindario. 44

La intensificación del problema del aseo urbano 49

PAVIMENTACIÓN MUY DEFICIENTE, A PESAR DE LAS MEJORAS. . 62

La ampliación de la superficie solada 62

Reclamaciones de los afectados 67

Los agentes de erosión 70

EL AGUA QUE SE CONSUME, LA QUE SE DESPERDICIA

Y LA QUE DAÑA 76

Los puntos de procedencia y de cogida. 78

Desperfectos y peligros de los conductos de suministro. 83

Fuentes que perjudican 89

Las corrientes sucias. 92

LA CIUDAD ANEGADA	97
Siglo XV	98
Siglo XVI	108
Siglo XVII	114
LA PROMISCUIDAD DE MUERTOS Y VIVOS	140
Cementerios y «carneros».	140
Algunos casos muy alarmantes.	144
Los efectos contaminantes de los hospitales sanitarios	150

SEGUNDA PARTE: DESAMPARO Y MALNUTRICIÓN

OFERTA ASISTENCIAL PRECARIA Y DEFICIENTE	162
Las dimensiones caritativas de las cofradías	162
La Casa de la Misericordia	168
Asilos y refugios	170
Los orfanatos	177
La primitiva inclusa	190
LA EXTENSIÓN DE LA DEMANDA Y LA CADENA DE DESDICHAS . 198	
La población humilde y menesterosa	198
Cronología de infortunios	206
SUBALIMENTACIÓN Y HAMBRE	215
La malnutrición de las clases populares	217
Inanición, alimentos alternativos y antropofagia	223

TERCERA PARTE

LOS ESTALLIDOS DE LA ESCASEZ Y EL ABASTO DEL PAN

SIGLO XIV	234
SIGLO XV	241
El aprovisionamiento frumentario.	242
La penuria alimenticia de 1435.	245



El movimiento de los precios	249
Mayor producción, pero con grandes carencias; 1462.	251
Otras crisis, otras causas: 1467-1469, 1472-1474, 1477-1478.	256
Las ordenanzas de la Alhóndiga del Pan.	262
Malos y buenos tiempos en el ocaso de la centuria.	270
SIGLO XVI	273
Tasa, sacas, especulación y carestía	273
El aumento de la demanda	277
Un arranque secular bastante catastrófico	279
El trágico bienio de 1521-1522	282
Las intermitencias del déficit de abastos y del encarecimiento.	287
La obligada intervención de los poderes públicos.	294
Pan de mala calidad, adulterado y caro	301
La terrible coyuntura finisecular	306
SIGLO XVII.	312
La reiteración de las crisis.	313
La amplitud y dureza de la escasez	315
Un tiempo especialmente desastroso y conflictivo.	318
De nuevo la adversidad climatológica y la extrema necesidad	324
La persistencia de la penuria y la normativa sobre los granos.	332
LOS ALBORES DEL SIGLO XVIII.	344
CRÉDITOS	352
SINOPSIS	353
AUTOR	354



Nota del autor a esta edición

Transcurridos casi veinte años de la publicación de este libro que ahora se reedita, su contenido sigue teniendo plena vigencia. He repasado detenidamente el texto por si necesitara una revisión en profundidad, pero he observado que salvo leves matices de vocabulario y reiteración de expresiones formuladas en términos un tanto dramáticos que habría que suavizar, todo lo sustancial de lo ya escrito mantiene su validez. Las investigaciones realizadas, tanto las ajenas como las propias, y lo publicado en las dos últimas décadas sobre las cuestiones que desarrollé en la primera edición, no han alterado en esencia lo expuesto entonces, de ahí que al día de hoy pueda suscribirlo íntegramente.

Algunas aportaciones historiográficas más o menos recientes han venido a confirmar y ampliar lo fundamental de mi trabajo, entre las que me parecen más relevantes, de un lado, las realizadas por Manuel Fernández Chaves acerca de la política, administración y abastecimiento de agua en la Sevilla Moderna; de otro, aunque referidas a un ámbito más amplio, las publicaciones de María de los Ángeles Pérez Samper sobre régimen alimenticio, comida y hambre.

Por mi parte, desde la edición del libro que estoy prologando he seguido investigando y profundizando en las diversas problemáticas analizadas en él. Frutos de mi trabajo han sido las obras que han visto la luz durante el periodo transcurrido desde entonces, a las que remito para mayor información y actualización de contenidos. Me refiero concretamente a las siguientes, mencionadas en orden cronológico: *La peste en Sevilla* (2004), *Enfermedad y sociedad en los primeros tiempos modernos* (2005), *Las redes asistenciales en la Sevilla del Renacimiento* (2009); *Mercado inmobiliario, población, realidad social* (2015); *La lucha por la vida* (en prensa).

Sevilla, marzo de 2018



PRIMERA PARTE

LAS DERROTAS
DE LA SALUBRIDAD



Ciudades insanas

De inmediato, el mal olor. Por las calles y en las casas:

En la época que nos ocupa reinaba en las ciudades un hedor apenas concebible para el hombre moderno. Las calles apeataban a estiércol, los patios interiores apeataban a orina, los huecos de las escaleras apeataban a madera podrida y excrementos de ratas; las cocinas, a col podrida y grasa de carnero; los aposentos sin ventilación apeataban a polvo enmohecido; los dormitorios, a sábanas grasientas, a edredones húmedos y al penetrante olor dulzón de los orinales.

La fetidez provenía y se esparcía por todas partes:

Las chimeneas apeataban a azufre; las curtidurías, a lejías cáusticas; los mataderos, a sangre coagulada... Apeataban los ríos, apeataban las plazas, apeataban las iglesias y el hedor se respiraba por igual bajo los puentes y en los palacios.

También olían mal las personas, sin distinción de sexo ni de condición social:

Hombres y mujeres apeataban a sudor y a ropa sucia; en sus bocas apeataban los dientes infectados, los alientos olían a cebolla y los cuerpos, cuando ya no eran jóvenes, a queso rancio, a leche agria y a tumores malignos... El campesino apeataba como el clérigo; el oficial de artesano, como la esposa del maestro; apeataba la nobleza entera y, sí, incluso el rey apeataba como un animal carnicero y la reina como una cabra vieja, tanto en verano como en invierno.

Y esta hediondez que todo lo envolvía, fue un síntoma muy característico de la insalubridad del mundo urbano durante siglos y siglos, manifestándose con intensidad hasta en la brillante y racionalista época de las Luces y la Ilustración:



Porque en el siglo XVIII aún no se había atajado la actividad corrosiva de las bacterias y por consiguiente no había ninguna acción humana, ni creadora ni destructora, ninguna manifestación de vida incipiente o en decadencia que no fuera acompañada de algún hedor.

No he podido resistir la tentación de incluir aquí estas citas con las que Patrick Süskind iniciaba su magnífica novela *El perfume*. Inmediatamente se me vino a la memoria cuando estaba leyendo otro libro muy distinto a éste, aunque igualmente sugerente a la hora de intentar captar el entorno desagradable e insano que rodeaba y dominaba la vida cotidiana de las poblaciones en los siglos medievales y modernos.

Si el relato de Süskind pertenece al mundo imaginario de la creación literaria, el otro al que me refiero está realizado partiendo de fuentes documentales, más fiables cuando el historiador se plantea llevar a cabo un estudio riguroso sobre la sencilla y dura realidad que tuvo que soportar la mayoría de las personas en tiempos no tan lejanos. Este trabajo de investigación histórica es el de C.M. Cipolla, titulado en su traducción castellana: *Contra un enemigo mortal e invisible*, que está compuesto por dos curiosos artículos, publicados originariamente en 1979 y 1989, que nos acercan con gran realismo a conocer los graves problemas higiénico-sanitarios que se dieron en un marco, teóricamente tan brillante y desarrollado para la época, como fue el territorio y la propia ciudad de Florencia en el primer tercio del siglo XVII¹.

Cipolla pasa revista a los factores que ponían en peligro de forma permanente la salud pública y privada de aquella comunidad urbana, destacando el hecho de que lo que preocupaba no era ya únicamente el mal olor imperante por todas partes, sino sobre todo el miedo a un contagio pestilencial que se produciría por un envenenamiento del aire, según creencia generalizada por entonces. La relación de toda esta serie de elementos contaminantes era en verdad bastante amplia. Un sistema de alcantarillado inadecuado y deficiente, si es que existía; escaso control y limpieza de los pozos negros, que contaminaban el subsuelo o que se desbordaban; la insalubridad de las

1. Cipolla, C.M.: «Miasmas y humores» y «Los piojos y el Gran Duque», en *Contra un enemigo mortal e invisible*, Barcelona, Crítica, 1993.



aguas estancadas, abundantes en muchas zonas de la ciudad; la acumulación por doquier del estiércol, cada vez en mayor cantidad dada la producción constante de excrementos (de caballos, asnos y otros animales domésticos) que no se sacaban al exterior del recinto, sino que se amontonaban en los muladares del interior del casco urbano; la mala costumbre de tirar los desperdicios y basuras, así como el agua sucia, a la calle; la acción contaminante de los productos residuales, nocivos o pestilentes de ciertas actividades (la cría del gusano de seda, el remojo del lino, la maceración del cáñamo...), que venían a sumarse a las molestias causadas por otros tantos y diversos establecimientos como eran las carnicerías, pescaderías o curtidurías.

Y habría que resaltar, además, la existencia de muchos cementerios dentro del casco urbano, tan perjudiciales para la comunidad ciudadana desde el punto de vista sanitario. Así pues, muchos eran los factores relevantes de la degradación medioambiental que se cernía no sólo sobre la Florencia presentada por Cipolla, sino también sobre la mayoría de las grandes ciudades europeas de aquellos tiempos, en las que por todas partes se dejaban ver la suciedad o la podredumbre y se sufrían los hedores, incluso hasta en fechas no tan lejanas². Algunas muestras referidas al territorio peninsular pueden bastar para confirmarlo.

Sobre la Corte dejó escrito Lamberto Wyts, miembro del séquito que trajo doña María de Austria, cuarta esposa de Felipe II, lo siguiente:

Tengo esta villa de Madrid por la más sucia y puerca de todas las de España, visto que no se ven por las calles otros grandes «servidores» (como ellos los llaman), que son grandes orinales de mierda, vaciados por las calles, lo cual engendra una fetidez inestimable y villana [...] si se os ocurre andar por dentro del fango, que sin eso no podéis ir a pie, vuestros zapatos se ponen negros, rojos y quemados. No lo digo por haberlo oído decir, sino por haberlo experimentado varias veces. Después de las diez de la noche, no es divertido el pasearse por la ciudad, tanto que, después de esa hora, oís volar orinales y vaciar porquerías por todas partes.

2. Puede verse al respecto el curioso trabajo de Alain Corbin: *Le miasme et la jonquille*, Paris, 1982. Hay traducción castellana: *El perfume o el miasma. El olfato y lo imaginario social. Siglos XVIII y XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.



La inexistencia de pozos negros y letrinas, no digamos ya de cuartos de aseo, en la mayoría de las casas humildes urbanas había generado la costumbre popular de tirar las aguas sucias y las inmundicias a la vía pública. Esta práctica se solía hacer de noche, sin previo aviso, o anunciándola, teóricamente, tres veces si era de día; obligación que no se tendría en cuenta normalmente, ya que se hacían necesarios los requerimientos municipales para que se cumplieran, como el que se dio en la Corte en 1586 al ordenarse que no se arrojase nada a la calle antes de las doce de la noche o, si era de día, se debía avisar las dichas tres veces. De todos modos, tanto si se tiraban antes o después, con luz o sin ella, lo cierto era que los efectos que causaba esta costumbre no podían ser más perniciosos para la vista, el olfato y la salud de la población, según hacía constar en su diario, en 1593, el embajador de Clemente VIII, Camilo Borghese, al referirse a Madrid:

Hay la calle larga, la cual sería hermosa si no fuese por el fango y las porquerías que tiene [...], las casas son malas y feas, y hechas casi todas de tierra, y entre las otras imperfecciones, no tiene aceras ni letrinas: por lo que todos hacen sus necesidades en los orinales, los cuales tiran después a la calle, cosa que produce un hedor insoportable³.

Otra ciudad importante, Valladolid, que incluso había detentado la capitalidad y albergado a la Corte antes de su traslado a Madrid, presentaba en el siglo XVI similares deficiencias higiénicas. Según recoge Bennassar⁴, algunos viajeros señalaron expresamente estos problemas de limpieza y sus desagradables consecuencias. En 1517 era un flamenco, Laurent Vital, quien se fijaba en el mal estado en que se encontraba el empedrado y en el barrizal de las calles, pues estaban cubiertas por una amplia capa de lodo en donde los transeúntes se hundían hasta los tobillos, lodazal que se veía incrementado por la necesidad de los vecinos, ante la falta de excusados en las viviendas, de arrojar a la caída de la tarde sus inmundicias y aguas sucias acumuladas en cubos a la vía pública.

3. Ambas referencias de Madrid citadas por L. S. Granjel: *La medicina española renacentista*, Ediciones Universidad de Salamanca, 1980, pág. 119.

4. Bartolome Bennassar: *Valladolid en el Siglo de Oro. Una ciudad de Castilla y su entorno agrario en el siglo XVI*, Ayuntamiento de Valladolid, 1983, págs. 131-132 y 148-150.



Hacia finales de siglo, este desagradable estado del entorno ciudadano no había mejorado. En 1592, Enrique Cock calificaba a Valladolid de cuadra o corral de vacas, quejándose de la gran suciedad y del mucho polvo que por todas partes había, del daño que causaba al paseante los guijarros del empedrado, de la presencia de los cerdos y de la abundancia de pulgas y piojos. Y pocos años después el portugués Pinheiro da Veiga y el francés Barthélemy Joly volvían a deplorar la gran cantidad de polvo y de lodo callejero que envolvían la ciudad, denunciando además la visión que daba el río Esgueva, todo lleno de inmundicias.

Tras la consulta de los libros de actas del Ayuntamiento, Bennassar confirma los defectos apuntados por los viajeros, señalando al respecto algunos de los problemas más usuales que por entonces se planteaban, a saber: las frecuentes e incumplidas prohibiciones dirigidas a los dueños de los cerdos, quienes dejaban circular libremente a sus animales por las vías públicas; las abundantes disposiciones municipales, inoperantes, contra los habitantes que arrojaban las basuras a las calles o en las proximidades de las puertas de la villa, y las que mandaban a los vecinos que limpiaran las inmediaciones de sus viviendas y las calles donde habitaban; la costumbre de los carniceros de tirar las tripas y restos de animales en algunas de las salidas de la ciudad y en el río Esgueva, que solía despedir un fuerte hedor por la suciedad de sus aguas y las inmundicias que a él se arrojaban, hasta el punto de que, cada cierto tiempo, había que dragarlo para que su caudal pudiera correr libremente. Todos estos factores insalubres mostraban una faceta bien distinta de la ciudad de aquella otra acostumbrada a resaltar la excelencia de sus monumentos y la belleza de sus parajes, como también era frecuente que ocurriera en otros ámbitos geográficos.

Murcia podría ser la tercera muestra que nos confirme el estado malsano que presentaba la mayor parte de los núcleos urbanos en los primeros tiempos modernos. Francisco Chacón lo atestigua en su trabajo⁵, resaltando en primer lugar el hecho de que la propia estructura de aquellos núcleos contribuía a aumentar el problema de la suciedad que los invadía,

5. Francisco Chacón Jiménez: *Murcia en la centuria del Quinientos*, Universidad de Murcia, 1979, págs. 99-105.



pues a pesar de algunas mejoras urbanísticas subsistían numerosos callejones y callejuelas, muchos de ellos cerrados y convertidos en vertederos de todo tipo de inmundicias. Otro inconveniente resultaba del gran número de casas que carecían de pozo negro, con las desagradables consecuencias que esto comportaba por tener que arrojar los desechos a la vía pública, práctica que de forma insistente se prohibía pero que la mentalidad y la falta de opciones del vecindario hacían que permaneciera.

Además, se dejaban sentir múltiples elementos insanos que no pasaban, ni mucho menos, desapercibidos para los ciudadanos: el barrizal que frecuentemente se formaba en las calles; las aguas estancadas, que expedían fetidez y cortaban el paso de los transeúntes; los abundantes excrementos de los caballos, mulas y otros animales que iban de un lado para otro, a lo que se unía las grandes molestias que ocasionaba el paso de los puercos; los restos y desperdicios generados por algunos oficios; las deficiencias del alcantarillado y del empedrado callejero.

El río Segura, tan vital para la ciudad y sus huertas, tampoco se veía libre de estas amenazas antihigiénicas. A él se vertían todo tipo de residuos, allí iba a parar la sangre del matadero, era el sitio donde se lavaban los menudos de los carniceros, los gusanos de seda, el cáñamo y el esparto, y las ropas sucias de los hogares. En fin, factores comunes, cotidianos y repetidos que fácilmente se podían encontrar al adentrarse en la vida normal de aquellas comunidades urbanas, sin importar demasiado la localización geográfica ni el tipo de ciudad al que nos refiramos.



EDITORIAL UNIVERSIDAD DE SEVILLA / ATHENAICA EDICIONES UNIVERSITARIAS

COLECCIÓN CLÁSICOS UNIVERSITARIOS

Núm.: 1

COMITÉ EDITORIAL EUS

José Beltrán Fortes (Director de la Editorial Universidad de Sevilla)

Araceli López Serena (Subdirectora)

Concepción Barrero Rodríguez

Rafael Fernández Chacón

María Gracia García Martín

Ana Ilundáin Larrañeta

Emilio José Luque Azcona

María del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado

Manuel Padilla Cruz

Marta Palenque Sánchez

José-Leonardo Ruiz Sánchez

Antonio Tejedor Cabrera

Primera edición: 2000

Segunda edición revisada y ampliada: abril de 2018

Última revisión: 22 de junio de 2018

Imágenes de cubierta: Detalle de «El almuerzo» de Diego Velázquez
y «Niño con piojos» de Bartolomé Esteban Murillo

© Juan Ignacio Carmona García, 2018

© Editorial de la Universidad de Sevilla, 2018

c/ Porvenir, 27 41013 Sevilla

<https://editorial.us.es> / eus4@us.es

© Milhojas Servicios Editoriales, S. Coop. And., 2018

c/ Jesús del Gran Poder, 108 B, 1º 41002 Sevilla (España)

www.athenaica.com / athenaica@athenaica.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada, salvo excepción prevista en la ley, con la autorización de Editorial Universidad de Sevilla y Milhojas, SCA. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

DOI <http://dx.doi.org/10.12795/9788447221332>

ISBN UNIVERSIDAD DE SEVILLA: 978-84-472-2133-2

ISBN ATHENAICA: 978-84-17325-28-2



Sinopsis

¿Qué vemos cuando miramos un cuadro como «Niño con piojos», pintado con un tremendo realismo por Murillo en la capital hispalense hacia 1650? En él se refleja con crudeza y exactitud toda la miseria, el abandono y la malnutrición que soportaban por aquellos tiempos las clases populares y menesterosas de la sociedad sevillana.

A eso que vemos hace referencia, de forma compendiada, el contenido de este libro. Insalubridad: un mozalbete sucio y tiñoso que está intentando quitarse los parásitos que invaden su cuerpo y su deprimente vestimenta en una estancia igualmente inmunda y tétrica. Desamparo: en el ambiente y en la persona impera la indigencia; el niño, solitario y tal vez huérfano, sin calzado y harapiento, está sentado en el lóbrego suelo y apoyado en una pared desconchada; no hay enseres en el aposento ni en la ventana; por



el contrario, se destaca la presencia primorosa del cántaro, motivo tópico de la pintura de la época, pero también símbolo de la escasez que había de agua buena y del humilde oficio de aguador. Hambre: cascarilla y alguna fruta es toda la comida que se muestra, representación idónea de la subalimentación que padecía la población sencilla, víctima una y otra vez de las repetidas crisis de subsistencia que tan asiduamente provocaban penuria frumentaria, carestía e inanición. Estos factores de la realidad cotidiana de la masa popular de Sevilla son los que se desarrollan aquí mediante un estudio de larga duración (desde el siglo XIV hasta el XVIII) y con profusión de documentos de archivos históricos.



Autor

Juan Ignacio Carmona García es Catedrático de Historia Moderna de la Universidad de Sevilla. Investigador en el campo de la Historia Social, es especialista en cuestiones relacionadas con las formas de vida de los sectores populares, la pobreza, la enfermedad y la asistencia hospitalaria. De sus últimas publicaciones se pueden destacar: *La peste en Sevilla* (2004), *Enfermedad y sociedad en los Primeros Tiempos Modernos* (2005), *Las redes asistenciales en la Sevilla del Renacimiento* (2009) y *Mercado inmobiliario, población, realidad social. Sevilla en los Tiempos de la Edad Moderna* (2015). Actualmente sigue en activo con su labor docente e investigadora.

